Búscame en las flores, Raúl Eduardo Frausto Cornejo

La silla del parque

Luis Francisco Santamaría Arriaga
Lic. en Creación Literaria UACM

Es más fácil querer desde la silla que a pie.
María Luisa Puga (2004)

Cuando era pequeño creía que había nacido con las nalgas pegadas a la silla. Jamás me vi en un espejo estando de pie, ni siquiera gateando, siempre sentado, las rodillas flexionadas y los nervios desconectados.

—¡Nombre! Hubieras *wachado* el tamaño de tus pañales, 'inche lona para cubrirte las llantas —decía mi papá en tono de burla—. Eras un nenuco con piernas de tela y una sillita en lugar de andadera.

Durante mis primeros años, me imaginé al fondo del estante de donde recogían a los bebés, pelón y cachetón, pero desinflado de las extremidades. Veía pasar una marea de parejas, ninguna se detenía, todas tomaban nenes de ojos saltones, brillantes, pelos sedosos y piernas regordetas. Quizá le causé gracia a mi padre o lástima a mi madre, o bien, quisieron ahorrarse la expedición para buscarme en la frontera de la ciudad, perdido en el vicio de apenas existir.

—Eres un angelito aerodinámico —me decía la ma cuando se iba a trabajar, me daba un beso de la frente y lo sentía hasta el freno de la silla.

Ella trabajaba todo el día, la veía la mañana del lunes y regresaba hasta el viernes por la tarde. La veía marcharse con una chamarra forrada de borrega, una bufanda y un cubrebocas de papel, pero la veía regresar en camiseta de tirantes, con un par de bolsas abotargadas y la cara abochornada. Jamás me hizo falta un beso de aterrizaje, menos aún, la excursión hacia la banqueta para tomar un refresco y comer un muégano. Esperaba frente a la ventana a que llegara el fin de semana, no me movía, no podía, pero tampoco quería. Veía pasar personas que jamás conocí, perros sin dueños y los días por mitades, esa era mi rutina, mi vida.

Aquello no duró mucho, un día la ma ya no regresó. Apenas entró mi papá con las bolsas abotargadas y los ojos hinchados, supe

que no habría más tiempo. Alguien la mató, se llevó su dinero y las ruedas de mi vida. Me dejaron rodar calle abajo, mientras papá se la pasaba cogiendo con desconocidos, me dejaron sobre adoquines, con las llantas atascadas y él se aparecía cada mes para vaciarme el canasto de mimbre donde me aventaban dinero.

Al inicio las personas pasaban y me ignoraban. Me volví una estatua más en el paseo de los poetas. Los pájaros se posaban sobre mis hombros, me picaban las orejas hasta sangrar, o bien, se cagaban sobre mi playera negra que con el tiempo se volvió un disfraz vacuno por la combinación de colores. Quienes iban a echar novio al parque me veían como si el olor de mi ropa penetrara en todas sus memorias y destapara todas las coladeras de la ciudad. Los borrachos, por otro lado, me confundían con una banca, se sentaban sobre mí, apoyaban su anforita o me vomitaban la entrepierna. Así vivía hasta que él regresaba y se llevaba todo. Como es natural, no dejé de crecer, las limosnas disminuyeron y su rabia aumentó, reventaba los nudillos contra mi rostro y se llevaba los míseros pesos que me dejaban los güeros de mirada lastimera, pero nunca fueron suficientes para evitar el golpe. Un día simplemente dejó de aparecer —al igual que las monedas— y me quedé en el mismo lugar, me oxidé.

***

Del parque me sacó Romario, un carpintero acomplejado a lo Da Vinci, ebanista de corazón y técnica de manco. Me cargó hasta su taller –un cuartucho improvisado con un techo de lámina mal puesto–, me rodeó de marionetas toscas, con manos mal detalladas, malformaciones encefálicas y ojos sin pintar cubiertos de barrocas pestañas de vinil. Grité al verme rodeado de infantes que desearon tener vida propia y ahora descansaban colgando de una cuerda.

—Cámara, pa. No espantes —me dijo Romario mientras tallaba un tronco podrido por la lluvia.

—¿Qué es aquí?

—Claramente, no el parque —me contestó y dejó de lado la madera—. Deberías estar agradecido, ya te estabas mosqueando, pa. Además, parece ser que te hacen falta unas piernitas nuevas.

—¿Y tú me las vas a hacer?

—Nomás *wacha*, pa.

Romario se levantó del pequeño banco y se dirigió al fondo del taller, recorrió una cortina de baño llena de barniz y aserrín, dejando al descubierto una larga mesa donde descansaban piernas de madera, algunas ya tenían el lijado hecho, otras habían sido raspadas para

simular los vellos de las piernas y algunas apenas eran trozos unidos orgánicamente casi imperceptibles.

Cada una tenía su encanto, ya fuera por el chamorro bien detallado o los dedos de los pies que parecían bronceados por la capa de barniz. Me acercó una pierna de cada una, me dejó acariciarlas y colocarlas sobrepuestas en mis rodillas, esas piernas eran mucho más reales que las que colgaban de mi entrepierna.

—¿Qué te parecen, pa?

—Están chulas —contesté—, pero ¿apoco son gratis?

Romario se rio y luego dijo:

—No digas mamadas, pa. Soy artista, pero no escritor para regalar mi trabajo. —Nunca entendí aquella frase, pero siempre pensé que aquel hombre alucinaba por inhalar tantos químicos—. Pero —continuó— algún día llegaremos ahí, primero hay que trabajar y para eso tienes que caminar.

Romario trabajó por meses y yo lo veía desde mi silla, tampoco podía pasarme al suelo. Él dibujaba la figura en grandes troncos de corteza gruesa, después los pelaba y volvía a marcar la forma. Parecía que el hombre no tenía la necesidad de dormir, trabajaba sin descansar, absorto en sus creaciones, se olvidó de que yo estaba ahí, ensucié la silla y la peste jamás lo distrajo. Lo vi tallar las uniones, taladrarlas para colocarles unos imanes grandes para que el movimiento no dependiera de viejas bisagras. Así, creó las mejores piernas que había visto, eran gruesas de la parte de los muslos –ahí metía mis extremidades flácidas y las aseguraba con velcro y un cincho de color negro–, el imán de las rodillas tenía cierto juego para poder doblarlas y los pies tenían la planta curvada y eso me daba mucha más movilidad –al menos eso me decía él–.

Pero las piernas fueron todo lo contrario a lo que me prometió, la espera se tradujo en más problemas de los que ya tenía con mi vieja, oxidada y fiel silla. El velcro y los cinchos no eran estables y fuertes para sostener todo mi peso a las piernas de madera –aunque Romario decía que el problema era la poca fuerza que yo tenía, que por eso no me aguantaba–, los imanes casi siempre se barrían y la rodilla falseaba el movimiento, en ocasiones se separaban y caía de cara al pavimento. Lo peor, sin dudarlo, fueron las plantas curvadas de los pies, jamás las pude plantar bien y, si por alguna razón echaban agua o llovía, me resbalaba. Con todo eso, como buen artista, Romario me cobró hasta los impuestos de haber usado sus herramientas, me terminó de armar con una playera nueva, unas bermudas caqui y una caja de mazapanes cubiertos para regresarme al parque.

No hubo día que no me acercara a la gente con mis pasos temblorosos, sosteniéndome de las bancas o los árboles y les ofreciera ayudarme con la aportación voluntaria de diez pesos a cambio de mis dulces.

***

Ambos, Romario y yo, sabíamos que no podría pagarle si seguía vendiendo mazapanes. Se estaba hartando de mí, no era capaz ni de servirle en el taller, no le podía acercar la madera porque el peso me ganaba y si pasaba demasiado tiempo cerca de la viruta, se me trepaban las hormigas y hacían sus nidos en las uniones de los imanes. Caminar nunca fue mi mayor virtud –se sabe–, por eso me deshice de las piernas, las empeñé y me dieron una miseria. Romario me ahuecó las extremidades y me presentó frente al dolor. Me convertí en un facilitador –así me bautizó–, me vació con un corte mariposa como a las pechugas. No sentí nada, ni una leve cosquilla, me descarnó y no me sentí más liviano. Apenas notaba que algo me faltaba porque estaba vendado y lleno de sangre seca.

—Quita esa cara, lo verdaderamente importante es que puedes almacenar víveres de alta demanda, como la marihuana, el perico o la piedra, y no verte en la necesidad de caminar cargando semejante peso.

Era una mochila, una piñata rellena de los placeres más dulces. Una máquina expendedora a mitad del parque. Almacenaba tostones, bolsas de cerradura hermética llenas de producto. Se me acercaba todo tipo de gente, niños de secundaria de aromas pastosos, ancianos quejumbrosos que se sostenían las caderas como si se fueran a desarmar y oficinistas de corbatas flojas y maletines desgatados. Todos me pagaban sin decir nada, se iban y yo permanecía en el mismo lugar, hasta que Romario regresaba para llevarse el dinero y rellenarme los orificios.

—Debes tener cuidado —decía y me tomaba de la nuca para asegurar mi atención—, los perros de servicios sociales andan bien sobres.

Con el tiempo, además de bautizar las caravanas de los trabajadores sociales como gallineros, supe que todas las prótesis que Romario había fabricado pertenecían a un inválido diferente, todos fueron trepados a las camionetas y apenas quedaron los repuestos de sus piernas. Aquello lo hacía enfurecer, más por la pérdida que significaba para el negocio. Por eso, cuando algún gallinero rondaba el parque, hacía todo lo posible por moverme hacia una banca –batallando por las imprudencias de mis llantas al atorarse en los adoquines–, me tapaba los muñones con una manta y simulaba estar descansando. Concentraba la vista en las ardillas, en los globeros y en quienes iban a correr. Sin

embargo, el punto débil de mi falsa rutina fue descubierta por mi ropa tan reiterativa.

Una mañana –pues había dejado de contar los días– un hombre con la barba un poco crecida, aromatizado por el sudor y de pulgares ansiosos, se acercó y se sentó en la banca a un lado de mí.

—¡Qué onda, mi buen! —me dijo y se talló la nariz—. Dame un tostón.

Me extendió el billete y a cambio le di la última bolsa de perico que me quedaba. El hombre abrió la bolsa, tomó una pizca y se la embarró en los dientes, después vio el producto a contra luz.

—Se nota que es buena mierda, mi buen.

Hoy que recuerdo aquella escena, me odio por no haberme olido lo que sucedía en ese momento, al parecer también padezco de pendejez crónica.

—Sin embargo —continuó y se guardó el perico en la chamarra—, está incurriendo en una falta administrativa.

—Pero todo mi producto es legal —contesté e intenté mover la silla, sin suerte.

Sabía que la falta no tenía nada que ver con la venta, más bien todo era culpa de la maldita silla, de mis padres que me tuvieron y se marcharon. No me pude resistir al arresto y me subieron al gallinero –la mítica camioneta era más bien parecida a la que tenían las perreras, jaulas montadas una sobre otra, al fondo las sillas retraídas sobre sí mismas y nosotros con el movimiento limitado detrás de los barrotes–.

***

Desde ese día permanezco varado en un salón muy grande, con ventanales cubiertos por mantas empolvadas. Me quedo quieto y los responsables de limpieza trapean a mi alrededor. Tengo las muñecas amarradas a los reposabrazos de la silla y me alimentan con un tenedor de plástico, me embarran la comida en la cara y se convierten en costras que se caen en un par de semanas. La silla creo que no sufre, aunque la he escuchado quejarse más de una vez. Chirriante como si algo se le extendiera de más, como si algo no estuviera bien, pero la silla y yo, ya no somos lo mismo, ya no sé qué siente, ya no sé qué le falla y, seguramente, jamás lo supe. Ahora me piden que no me mueva, hago caso, aunque no quiera, y por las noches me extienden una sábana llena de ácaros por mi nula existencia. Los recuerdos a veces me han quemado los muñones, bienvenido sea el ardor –igual que cuando los besos de la ma me recorrían–, por fin me acuerdo de lo que es sentir.